

STARCRRAFT®

LEGACY OF THE VOID™



BILZARD
ENTERTAINMENT

BLIZZARD ENTERTAINMENT

El Cruce de la Perdición

Por James Waugh

Había pocos lugares en el sector Koprulu que Jim Raynor odiara más que el Cruce de la Perdición. Pero los sentimientos de un hombre respecto de una región geográfica no eran precisamente un factor a la hora de definir sus responsabilidades como alguacil confederado. Así que, una vez más, Raynor se internó en esa franja infernal de desierto clavada en medio de los páramos nefastos de Mar Sara: en el medio de la nada.

Las ráfagas de viento envolvían furiosas su moto buitre. Raynor intentaba recorrer el desfiladero desolado en la mitad del tiempo para volver a casa antes de que se cumplieran dos días, tal como le había prometido a su esposa Liddy, que estaba embarazada. El aire era acre, seco y caliente. En el suelo compacto del desierto se habían abierto largas venas, producto del calor del sol y de la eternidad que aparentemente había pasado desde la última vez que una gota de humedad le había regalado su beso. La humanidad no estaba preparada para sobrevivir en un entorno así, pensaba Raynor, pero ese pequeño detalle no le impediría intentarlo.

A la distancia, ya vislumbraba la silueta del sheriff Glenn McAaron como un espejismo macabro y desagradable, un aerocamión, y lo que Raynor había ido a buscar, un cubo de reclusión reglamentario mediano. Sus sombras hinchadas se inclinaban bajo el sol ardiente de la tarde.

—Mierda —murmuró Jim por lo bajo cuando las formas comenzaron a volverse más nítidas, tan nítidas como el recuerdo de Liddy, que lo despedía con un beso.

El Cruce de la Perdición estaba en el centro de las famosas "anomalías de banda" de Mar Sara, lo que significaba que los equipos de estabilización de vectores a menudo no funcionaban y el contacto por comunicadores era muy entrecortado y limitado, prácticamente imposible. En consecuencia, el uso de naves de transporte para cruzar el valle desértico era, aun si se decidía hacer la inversión, una idea peligrosa, en especial porque a causa de las anomalías, la franja de 2400 kilómetros era una de las regiones con menos presencia policial del planeta (quizás incluso de la galaxia). Y ese era un dato que los forajidos y las bandas errantes de criminales conocían a la perfección. Casi todos los cerebritos de las Fuerzas científicas confederadas creían que las anomalías de banda se debían a los impulsos de electrones emitidos por las extrañas formaciones cristalinas que parecían brotar como frutos filosos y agudos de las profundidades del suelo rico en minerales. Independientemente de la causa, el resultado era que Jim tenía que adentrarse en el pasaje más peligroso del sector para encontrarse con el sheriff que menos le agradaba a fin de transportar prisioneros de una punta del planeta a la otra.

—¿Viniste a llevarte este cubo o a unirte a sus huéspedes, alguacil? —dijo McAaron con una horrible sonrisa sin dientes mientras Raynor frenaba su buitre. Era la clase de sonrisa irónica que implicaba sin rodeos que no lo decía con humor.

—No a menos que digas algo que me incite a pisotear las leyes. —Raynor escupió en el suelo polvoriento.

McAaron se había dejado estar en los últimos años; ahora el exceso de grasa en la cintura le sobresalía sobre el cinturón aún más que la última vez que se habían visto. El vientre parecía crecerle con cada encuentro. El sheriff se estaba preparando para la vida plácida del retiro que ya vislumbraba en el horizonte.

—Yo no estaría tan seguro, hijo. Tu prontuario es más largo que el de la mayoría de los criminales que traigo aquí. Si no fuera por tus amiguitos, quizá serías tú el que se iría a El Indio esta tarde.

—Pero sheriff, ¿dónde quedó su fe en la redención? —Jim le regaló su propia sonrisa ganadora y se bajó de la moto.

McAaron estaba en la fuerza hacía mucho tiempo y sabía sobre el pasado de Jim. Los hombres como el sheriff eran obstinados y tenían su forma de ver el mundo. Su actitud ante un excriminal no era algo personal, era sólo una cuestión de costumbre.

—Aah, los hombres no cambian, alguacil. Si sigues con nosotros, algún día me darás la razón. Por eso siempre te tengo en mi radar.

—No sabes cómo te lo agradezco, sheriff. —Después de un momento, Raynor continuó—: ¿Y qué me dices de nuestros muchachos?

Se agachó y miró a través de los pequeños barrotes electrificados. Los cubos de reclusión de la Confederación se habían transformado en un recurso esencial en las colonias de frontera y los planetas atrasados donde las naves de transporte policiales y otras comodidades de los mundos más avanzados eran demasiado costosas. Los cubos tenían ejes magnéticos, tecnología de sobrevuelo que los mantenía estables a velocidades de hasta 480 kilómetros por hora, ambiente con temperatura controlada, provisión para todas las necesidades biológicas, y oxígeno limpio y purificado que se renovaba cada 30 minutos. Jim pensó que los criminales estarían más cómodos que él.

—Ah, lo de siempre, un grupo de lo más encantador, todos preparados para una larga estadía en el mejor hotel de Mar Sara. —De pronto, la voz del sheriff subió varios decibeles—. ¿Oyeron, muchachos? ¡La prisión El Indio es su próximo destino!

La risa que siguió explotó en una tos seca y cavernosa. Otra vez, no había humor en sus palabras, eran frías y crueles. Jim no se rió. El Indio no era un lugar para tomarse a la ligera, era una penitenciaría áspera y sin recursos que albergaba a los peores criminales. Todo el mundo sabía que el índice de supervivencia era un mero 64 por ciento. Era la encarnación más fiel de la justicia confederada de frontera.

—Míralos —dijo el sheriff y escupió en la arena—. ¡Qué desperdicio de créditos fiscales! Pero la esperanza es lo último que se pierde, quizá no salgas vivo del cruce.

—¿Vamos a salir de este lugar de mierda o qué?

Era uno de los criminales, una bestia gigante y fornida con bigotes negros como el carbón, la cabeza pelada, y unos brazos anchos como postes de telecomunicaciones. Tenía el cuerpo cubierto de tatuajes horribles, con imágenes de todos los rincones del sector. Clavó los ojos en Jim como si no hubiera nada en el mundo que pudiera minarle la confianza, empezando por ese alguacil solitario que no era más que un mocoso que lo llevaba a un destino inevitable.

—Cuidado con ese. Su mamá nunca le enseñó modales. Es Marduke Saúl, el hijo de puta más malo que puedas imaginarte. Está aquí por agresión, asesinato, terrorismo, secuestro, y por ser un maleducado de mierda. —McAaron volvió a escupir pero esta vez el escupitajo pegó en el cubo, cerca de la cara de Marduke.

—Tienes suerte de que esté aquí encerrado, sheriff —le gruñó Marduke.

—No me cabe duda.

Raynor miró a Marduke a los ojos, y él le sostuvo la mirada como desafiándolo a que lo tratara como McAaron, a que le faltara el respeto.

—Vamos, sheriff, no está tan mal. En realidad es como un osito de peluche. ¿No es cierto, Saúl? Si tú me tratas bien, yo te trataré bien. Así de simple.

Marduke lanzó una carcajada.

—Oh, seré un ángel, alguacil. No quise ser desconsiderado. Es que estoy muy ansioso por llegar a nuestro hospedaje de lujo."

—Por favor, alguacil, por favor no me lleve a El Indio. Por favor, es todo un enorme malentendido.

Desde el fondo del cubo se acercó un prisionero escuálido de pelo rubio y rasgos amables. El mono naranja que le habían dado era demasiado grande para su complexión enjuta. Parecía fuera de lugar en el calor del desierto y la vestimenta de prisión, como si tuviera que estar realizando tareas administrativas en el sector financiero de Tarsonis.

—Ese es Rodney Oseen. Más que nada delitos menores. Lo que solían llamar un ladrón *de guante blanco*. Desplumó al gobierno de Mar Sara con un virus informático. Lindo, ¿no? No va a durar ni un día en El Indio. —McAaron volvió a reírse.

—Mucho gusto, Rodney —sonrió Raynor—. No te preocupes, vas a estar bien.

—Eso es mentira, señor. Usted sabe lo que hacen en El Indio. Yo no soy un asesino. Esto es todo un malentendido. Un juez confederado con una cuenta pendiente. Yo no sirvo para esto.

—Si no soportas la pena, no te ganes la condena. ¿No es cierto, Raynor? Oh, claro, tú no sabes de qué hablo...

—Sé bien quién eres, alguacil Jim Raynor. —El tercer prisionero se movió hacia la luz.

—T-Bone Smalls. El mejor ladrón de trenes de este lado de Shiloh. Ustedes dos tienen mucho en común —se burló McAaron.

—Es cierto, mucho. Creo que el título te lo robé a ti, ¿no? —siguió T-Bone.

Raynor lo examinó con detenimiento. Tenía un aspecto familiar: una barba parecida a la de él, una cicatriz en la cara... Era joven y arrogante.

—He oído muchas historias sobre los atracos que planearon con Tychus Findlay después de la guerra. Eran leyendas para mí y para mi banda durante nuestros primeros años.

A Jim se le retorció el estómago. Hacía años que no oía el nombre Tychus Findlay. Y era mejor así. De esa forma, podía comenzar de nuevo, no pensar en su excómplice y en la vida que tanto le había costado dejar atrás. Una vida que Liddy lo había ayudado a abandonar.

—Pero lo que no entiendo, lo que quizá tú puedas explicarme, es cómo un forajido como tú, el tipo de hombre que un ladrón de trenes principiante como yo admiraba, terminó aquí como alguacil. —T-Bone se acercó a los barrotes.

Jim sentía la mirada fría de Marduke mientras procesaba la información. Sentía cómo el asesino lo juzgaba.

—Verán, muchachos, nuestro querido alguacil tiene amigos poderosos. —McAaron le dedicó a Jim una sonrisa burlona—. Un magistrado.

—Ya me cansé de tus idioteces, McAaron. —Raynor se puso de pie.

—Yo nunca maté a nadie, alguacil. Mi problema es que no me gusta trabajar —siguió T-Bone—. ¿Te parece justo que tú hayas tenido una oportunidad y yo no?

—La vida no es justa. El alguacil es sólo un ejemplo más —dijo finalmente Marduke con frialdad—. ¿Ahora podemos irnos?

Raynor miró a McAaron directo a los ojos.

—Si vuelves a ponerme en ese lugar de mierda, vamos a tener más que una discusión amistosa. ¿Soy claro, sheriff?

A McAaron se le heló la sangre. La sonrisa sarcástica se le borró de la cara. Por primera vez desde que Raynor había llegado, el sheriff sintió la seriedad de su respuesta. Mientras rebuscaba en un estuche que tenía amarrado a la pierna, vio el fuego que quemaba en los ojos de Raynor. Finalmente, encontró lo que buscaba: una muñequera digital.

—Este es el nuevo juguete que nos envían desde la central. Controla sus tobilleras. Presionas este botón y *bum*, adiós pierna. Presionas este otro botón y *zap*, se revuelcan de dolor en el piso. ¿Entiendes?

Raynor tomó el dispositivo. Dentro del cubo, vio que los prisioneros tenían unas manillas de metal grandes amarradas a los tobillos.

—No recomendamos que los dejes salir —siguió McAaron—. Tienen suficiente agua en el cubo, y a cada uno se le dio un implante de nutrientes para la transferencia que debería durar dos días más. También regula la función urinaria e intestinal. Muchos convictos han intentado escapar al llegar a la prisión, e incluso antes, así que mejor prevenir que curar.

—No me trates de novato, McAaron.

Jim se avocó al trabajo de amarrar el largo cable metálico del cubo de reclusión a la cola de su moto buitre. Se había cansado de desperdiciar saliva. El cable estaba diseñado para

mantener el cubo bien aferrado al vehículo de transporte. Estaba hecho de una aleación mejorada con elementos catalíticos que daba como resultado una sustancia más dura que el diamante.

—Nos vemos, sheriff. Agárrense, muchachos. La ruta puede ponerse un poco movida. —Sin esperar una respuesta, Raynor pisó el acelerador y desapareció en los páramos desérticos.

La cabeza de Jim iba a toda velocidad. Ráfagas de pensamientos lo asaltaban y desaparecían: recuerdos de épocas pasadas, de los días cuando él y Tychus Findlay eran criminales buscados, vivían huyendo, robaban tanto como gastaban... Había sido una era de libertinaje embebido en alcohol sin una preocupación en el mundo, donde todo era impulso y nada se pensaba dos veces. Había sido una era que casi se cobra la vida de Jim y, aún peor, casi se cobra su fe en el valor de la vida. No esperaba tener esos pensamientos, no ahora, no cuando había un bebé en camino y Jim sólo pensaba en el futuro, en darle a su hijo una vida mejor, como la que él nunca había tenido. Mientras volaba por el desfiladero a 320 kilómetros por hora, se preguntaba si su hijo algún día conocería ese pasado que se agitaba en su cabeza. Y, de ser así, se preguntaba qué diría. ¿Podría aleccionarlo sobre las diferencias entre el bien y el mal cuando él mismo había hecho tantas cosas mal que a veces parecía imposible equilibrar la balanza...?

Concéntrate, Jim. No te pierdas en uno de estos laberintos sin salida. Los bandidos eran una amenaza muy real en el Cruce de la Perdición. De cualquier lado podían salir cazarrecompensas, piratas y otros hijos de puta que no tenían el más mínimo respeto por la vida ajena. Todos asesinos. Lo más estúpido que podía hacer era toparse con uno de esos grupos por no prestar atención a sus alrededores. Liddy no iba a convertirse en madre soltera porque a él se le había ocurrido ponerse a recordar el pasado y había empezado a cuestionarse. Carajo, odiaba a McAaron.

La tarde cedió paso al atardecer y los páramos del desierto se convirtieron en una mezcla de colores, pinceladas de rojo intenso desgarraban los azules nítidos, era la belleza del estertor del día. El desierto parecía diferente a esa hora, como un paisaje místico de ensueño en el que un cielo caleidoscópico ofrecía variaciones infinitas y las arenas ásperas

se transformaban en un océano negro inmenso. Los matorrales desolados se desvanecían en la noche, y el calor aplastante que calcinaba durante el día había dado paso a un frío invernal.

Raynor ya no veía más allá del haz de luz que proyectaba el faro delantero de su buitre, así que bajó la marcha y comenzó a buscar un lugar para acampar. Había recorrido 1600 kilómetros. Sólo le quedaban ochocientos.

—¿Por qué frenamos? —ladró Rodney cuando Raynor se acercó a la cola de la moto para buscar algo en el compartimento de almacenamiento—. No paremos... Vamos, alguacil, usted sabe lo que hay aquí.

—Cierra la boca —le dijo T-Bone a Rodney—. Frenaste sólo para mear, ¿no, alguacil?

—No, todavía no me dieron ganas. Vamos a acampar.

—¿Vamos a qué? —La voz de Rodney subió varias octavas.

—No pienso tratar de atravesar el cruce en esta oscuridad, ni siquiera con los sistemas de rastreo y los datos de ruta. Las anomalías están peor que nunca en esta época del año. ¿Ustedes quieren llegar a destino enteros o no?

—Eso es precisamente lo que queremos, alguacil. No entiendo por qué estamos frenando.

—Smalls acercó la cara a los barrotes electrificados.

—¿Qué es lo que les preocupa tanto, se puede saber? —preguntó Jim mientras desempacaba el refugio. Encendió una infralumbre que le iluminó la cara de rojo.

—Los esclavistas... los matones... pero sobre todo los esclavistas. Prefiero ser prisionero antes que propiedad de otro. —Rodney estaba histérico.

—Es más probable que nos encuentren si seguimos camino. Movernos es lo más peligroso en este momento. Saldremos apenas amanezca.

—¿Es verdad que hay esclavistas? —Marduke rompió el silencio.

—La banda de Mazor —agregó Smalls—. Durante el último año se forjaron una buena reputación por capturar viajeros en el Cruce de la Perdición y secuestrar a los científicos que vienen a estudiar los campos de minerales.

—Odio a los esclavistas —dijo Marduke con solemnidad.

—¿Alguna vez te los cruzaste? —Rodney se dirigió a Raynor.

—Nah. Ni me interesa conocerlos.

Cuando Raynor terminó de armar el campamento, cocinó algunas raciones y separó tres. Con los ojos clavados en la comida apartada, los prisioneros merodeaban cerca de los barrotes.

—Eso es un montón de comida para un hombre solo —le reprochó Smalls.

—No es todo para mí, muchachos. Estoy intentando cuidar la figura. Me imaginé que ustedes querrían un poco; esas inyecciones de nutrientes no sirven para llenar el estómago. Yo las he probado. En mis épocas de soldado.

Raynor llevó las tres porciones hasta un lado del cubo y abrió el compartimento de inserción. Con un chirrido de engranajes, las tres bandejas atravesaron los barrotes sin problemas.

—Será mejor que las repartan equitativamente. —Raynor les enseñó la muñequera que le había dado McAaron—. Esas tobilleras tan lindas que les dieron pueden hacer mucho daño.

—¿Por qué me miras a mí? —preguntó Marduke.

—Porque eres el que parece más hambriento.

Los prisioneros se abalanzaron sobre sus raciones y, con los dedos, comenzaron a comer el curry viscoso de skalet que seguramente habían sometido a un proceso de secado sónico hacía décadas. Raynor hizo lo mismo, pero con un tenedor. La comida casera de Liddy lo había desacostumbrado a tener que comer este tipo de menjunjes. Para sus prisioneros, sin embargo, parecía ser una cena gourmet.

—¿Y, alguacil? ¿No nos quiere contar sobre sus días de forajido? —dijo Smalls una vez que hubo limpiado el plato.

—Acaba de darnos comida —interrumpió Rodney—. Podríamos dejarlo un poco en paz, ¿no?

—Yo no recibo órdenes de ningún Don nadie. —Smalls se echó contra Rodney tan rápido que Raynor tuvo que volver a levantar el brazo y señalarse la muñequera.

—No te preocupes, alguacil —la voz grave de Marduke era helada—. Si llegan a hacer algo para arruinarme la cena, no vas a necesitar eso para frenarlos.

—Te vas a ocupar tú, ¿no?

—Exacto.

—¿Así que quieren saber sobre mis días de ladrón de trenes? —accedió Raynor—. Era un mocoso estúpido sin nadie a quien recurrir. Un pobre diablo furioso con el sistema, que había dejado a mis padres enfermos y pobres, y desilusionado con la guerra arreglada desde el principio... había sido nada más que un juego para enriquecer a los tarsonianos mientras la gente como yo seguía agachando el lomo. Muchos buenos hombres murieron sin razón. ¿Que si era un rebelde y un canalla? Sí, no lo niego. ¿Pero estoy orgulloso de eso? No. Para nada.

—Bueno, yo sí estoy orgulloso. ¡Mierda! Es mejor que ser un pobre minero confederado que se mata trabajando para nada —rió T-Bone—. De mí, no van a escuchar ninguna de esas estupideces de arrepentido. Mi error fue emborracharme tanto que me dejé atrapar. Tú quieres hacer de cuenta que no eres como yo, alguacil. Que no te gustaba esa vida, o que eres mejor. Muy bien, haz lo que quieras. Pero eso no significa que tengamos que creerte.

—¿Y tú? —preguntó Raynor dirigiéndose a Rodney— ¿Quieres contarme cómo llegaste aquí?

—Eeeh... Supongo que me ganó la ambición... Yo, eh, yo no soy como éstos... Me dejé llevar. Como que... una vez que empecé, no pude parar. Los créditos seguían entrando sin parar. Cuando me quise dar cuenta, era lo único que hacía.

—¿Y nunca pensaste en las personas a las que les robaste? —preguntó Raynor.

—¿Y tú, Raynor? ¿Nunca pensaste en las personas que lastimaste? Te sientes muy superior ahí, del otro lado de los barrotes, porque tienes amigos poderosos. El sistema no es justo. Por eso los hombres malos son como yo —Marduke se recostó—. Y los suertudos son como tú.

Después de eso, se sentaron todos en silencio por un rato hasta que, finalmente, sin una palabra, Raynor entró en su refugio y se echó a dormir.

Raynor se levantó en medio de una cacofonía de gritos y salió a toda prisa del refugio hacia la mañana helada. En el cubo de reclusión, Marduke tenía a T-Bone aferrado del mono y lo sostenía contra los barrotes electrificados que siseaban contra su cuerpo pero no se alteraban en absoluto.

—Hijo de una gran... ¡suéltame!

Raynor no dudó. Una leve presión de su muñequera, y la tobillera de Marduke se encendió para generar una descarga directa de estímulos nerviosos que debía provocar la misma sensación que un instrumento odontológico desafilado y oxidado hurgando en una caries, sólo que en un sinnúmero de puntos del cuerpo, todos al mismo tiempo. El bruto gritó y se desplomó sobre la base del cubo. Smalls se le acercó y alzó los brazos sobre la cabeza con las manos formando un solo puño, listo para descargar el golpe.

—Ni se te ocurra —dijo Raynor con los dedos sobre la muñequera.

—Vamos, alguacil. Un buen golpe y nada más. — Por la cara de T-Bone corría un río de sangre.

—Ni lo sueñes —respondió Raynor mientras Smalls soltaba las manos y se alejaba—. ¿Qué mierda está pasando aquí?

—Habla demasiado y no dice una sola cosa que valga la pena. —Marduke le sonrió a Raynor con satisfacción—. No iba a lastimarlo demasiado... sólo un poco. Le vendría bien un poco de dolor, a ver si se deja de idioteces.

—No quiero oír una palabra más. Voy a levantar el campamento. Los están esperando en la recepción del hotel, muchachos.

Marduke le lanzó un beso a T-Bone. Fue el beso más intimidante jamás visto, pero T-Bone sonrió con respeto ante la provocación. Si él hubiera estado en los zapatos de Marduke, habría hecho lo mismo. Por el contrario, Rodney se dirigió a Raynor.

—¿Ve lo que digo? —lloriqueó—. ¿Ve, alguacil? Yo no... no sirvo para esto. Por favor, no puedo ir a El Indio. No soy como ellos.

Treinta minutos después, cruzaban otra vez los cañones a toda velocidad. El calor había regresado con todo. Era ese calor seco e implacable que corta la piel y llega a los huesos sin respiro.

Llegaron al Cañón del Juicio, un barranco profundo de cuyo lecho plano se proyectaban minerales grandes como colinas. Raynor subió a una de las columnas de mineral azul, esquivando el abismo oscuro que se abría por debajo. Cuando llegó a la cima, vio una humareda que se perdía en el cielo unos dieciséis kilómetros al norte. No era algo común en un área tan desolada. Jim frenó la moto y sacó los binoculares.

A través de las lentes, el humo se veía mejor. Raynor acercó la imagen e identificó las llamas de una explosión cercana que lamían la carcasa de un vehículo de transporte.

—Mierda —murmuró Raynor por lo bajo. Siempre le pasaban estas cosas. Justo tenía que toparse con algo así cuando estaba a punto de completar la misión y Liddy lo esperaba con su comida preferida.

—¿Por qué frenamos, alguacil? —preguntó Rodney.

—Atacaron a un vehículo de transporte a dieciséis kilómetros de aquí.

—¿Y? —agregó T-Bone.

—Y entonces vamos a ir a ver qué pasó.

—¿Es una broma, alguacil? ¡Vamos! Esa no es la tarea que te asignaron —siguió T-Bone—. Tenemos que llegar a El Indio hoy.

—No vayamos, alguacil —rogó Rodney.

—Silencio. —Raynor pisó el acelerador y salió disparado hacia el transporte.

Cerca del vehículo, el humo era espeso y negro y formaba una nube oscura alrededor de los restos del transporte. De la estructura salían llamas que lo pintaban de negro. Alrededor, había pedazos de todos los tamaños provenientes de la explosión, seguramente producto de un lanzamisiles que había volcado el vehículo y eyectado esquivas de la carrocería sobre todo el suelo arenoso. Raynor ya conocía este tipo de destrucción, la había visto en la guerra. También había visto el tipo de daño que hacía un misil en un vehículo durante sus días de forajido. Recordaba cómo Tychus había volado un hueco en un camión blindado, que había volcado y casi matado a todos los que iban dentro. Recordaba la culpa que había sentido cuando vio a los guardias salir corriendo del vehículo destrozado justo antes de quedar reducidos a cenizas, junto con los créditos que él y Tychus intentaban robar.

Raynor frenó su buitre. El olor a químicos y goma quemada le tapaba la nariz.

Desparramados sobre la arena, había cuerpos con heridas punzantes de las que manaba la sangre que convertía el suelo en un lodazal. Seguramente eran científicos porque todos llevaban trajes térmicos. La investigación corporativa era algo común en el Cruce de la Perdición. Los minerales allí eran de los más ricos del sector y, a pesar de los riesgos, científicos y mineros de todo Mar Sara (e incluso Chau) hacían el viaje para explotar sus riquezas. Los grandes conglomerados de Tarsonis invertían sumas considerables para convencer a los científicos de que arriesgaran la vida para probar la potencia de los minerales de la región y volvieran con la información necesaria para sintetizarlos. No se sabía con seguridad por qué esta área, entre tantas del sector, producía cristales tan ricos. La primera corporación que lo descubriera nadaría en oro.

Entonces percibió algo, un movimiento a su derecha. Con cautela, llevó la mano a su arma. Detrás de uno de los minerales más pequeños veía la punta de la cabeza de alguien.

—Sal de ahí. No estoy buscando problemas. —Raynor bajó de la moto y se agachó detrás con el arma en la mano a la espera de una respuesta.

Cuando vio que nadie se movía, volvió a ponerse de pie lentamente.

—¿Qué hace, alguacil? ¡Cúbrase! —le gritó Rodney desde el cubo.

Raynor volvió a enfundar el arma.

—No voy a lastimarte —gritó Raynor.

—¡Vete! —gritó una voz femenina desde atrás de la roca—. Déjame en paz.

—Soy alguacil, señora. Salga, por favor.

—Alguacil... Sí, ¡seguro! Vete ya.

—Mire, tengo una placa y todo. —Raynor alzó las manos—. ¿Ve? No estoy aquí para lastimarla. ¿Qué sucedió?

Una mujer delgada y atormentada con un traje térmico color gris y la cara cubierta de cenizas emergió de detrás de la roca. Aferraba una pistola de bengalas con ambas manos y la apuntaba hacia Jim. Estaba temblando, y la pistola se balanceaba de un lado a otro.

—Dije que te fueras.

—Baje esa pistola, señora. No le va a servir para lo que cree. Déjeme ayudar, por favor. —Raynor le hablaba con una voz suave y reconfortante, y notó que la mujer se relajaba y empezaba a bajar el arma.

—¡Baja el arma, mujer! —gritó T-Bone desde el cubo, y la hizo volver a subirla.

—¡Silencio, convicto! —gritó Raynor y después se volvió a la mujer—: Me llamo Jim Raynor. Soy un alguacil confederado y estoy transportando a estos prisioneros. Ellos son mi cargamento. Ahora, cuénteme qué pasó aquí.

La mujer volvió a bajar la pistola de bengalas.

—Lo siento. Es que... Oh, Dios. Lo siento mucho.

La mujer comenzó a llorar y Raynor se acercó.

—No se preocupe. Ya no corre peligro. Tranquila. Cuénteme qué pasó.

—Esclavistas. De la banda de Mazor. Estábamos haciendo estudios de campo. Asaltaron el transporte. No perdonaron a nadie. Yo me escondí. Descubrieron el campamento y ahora... por favor, alguacil, ahora se dirigen a nuestro campamento base. Ahí están las familias, los que quedan. Tiene que frenarlos.

—Tranquila. Escúcheme, yo no puedo dejarla aquí sola.

—¡Carajo! Claro que puedes —gritó T-Bone.

Raynor se acercó a la mujer.

—No les preste atención. El peligro ya pasó. Vamos.

La científica salió de detrás de la roca.

—No, no pasó. Para ninguno de nosotros. Ya mataron a mis colegas. No deje que maten a los demás... Hay niños.

—¿Niños?

—T-trajimos a toda nuestra comunidad. Era la única forma.

—Ah, mierda. ¿Cómo se les ocurrió? No puedo dejarla aquí.

—Deme un arma y me esconderé. Le daré las coordenadas del campamento. Vaya. Al menos libérelas. Por favor. No puedo dejar que les hagan esto... o algo peor. Es Mazor... Usted sabe cómo es. Usted sabe.

Raynor suspiró. Quería llamar refuerzos. Quería traer un batallón de marines para destrozar a Mazor y su banda de monstruos. Quería ir a casa con Liddy.

—¡Alguacil! Vayámonos de aquí, ¡por favor! —gritó Rodney.

Pero Jim ya había tomado una decisión. No tenía opción en realidad. Desde que le habían dado una segunda oportunidad, desde que se había mudado a Mar Sara y había dejado

atrás su vida para empezar de nuevo, había sentido la compulsión de compensar por ese pasado que lamentaba. Una vida por la que, creía, podía redimirse si tan sólo lograba hacer lo correcto, sin importar cuánto le costara. Rebuscó en el baúl de almacenamiento y sacó un rifle, un manto de camuflaje —un dispositivo magnífico que, activado, imitaba a grandes rasgos la apariencia de los alrededores, al menos a la distancia— y algunas raciones como las que habían comido la noche anterior. Le dio todo a la mujer.

—Puede usar esto. Quédese escondida. Si alguien se acerca demasiado, tiene el rifle.

—¡No puedes ser más estúpido! —gritó T-Bone desde el cubo—. Yo no pienso ser el esclavo de nadie. Ni en mil años. Vamos, piensa.

—Ni siquiera sabemos con qué nos enfrentaremos.

—Así es como la gente termina muerta, Raynor. A nadie le importan los héroes muertos.

Pero Jim ya se estaba subiendo a su buitre.

—Volveré a buscarla, señora —le dijo a la científica antes de arrancar la moto.

La navegación manual lo adentró en el Cañón del Juicio, hacia las coordenadas que le había dado la científica. Cuanto más se acercaba, más se le retorció el estómago. Oía la voz melódica de Liddy en la puerta de su casa el día que había partido hacia Perdición: *Vuelve pronto, ¿sí? ¡Y cuídate!*

Raynor frenó la moto en la cima de un arrecife, se bajó, se recostó con el estómago pegado al suelo como una lagartija y volvió a llevarse los binoculares a los ojos. Las coordenadas del campamento base titilaron en verde en el retículo, enfocaron un punto en el horizonte, y se acercaron un 100%. Ahora Raynor veía la base: era redonda con un escáner en el punto más alto y estaba rodeada de varios depósitos de suministros. Giró a la derecha en busca de movimiento, de cualquier señal que le indicara que los habitantes estaban seguros (o no). Fue entonces que vio una línea irregular de motos buitre personalizadas, pintadas de negro. De muchas colgaban calaveras. Una tenía amarrado un cubo de reclusión modificado. Dentro, Raynor vio las siluetas raquílicas de dos prisioneros. No distinguía si

eran hombres o mujeres; para él, parecían dos sacos de huesos que trataban de escapar de la piel quemada y reseca. Debía hacer mucho tiempo que los tenían cautivos. No eran científicos, eran algún otro tipo de pobres diablos.

—¡Mierda!

—¿Los ves, alguacil? —lo presionó T-Bone.

—Cierra la boca. ¿Quieres que nos vean? —ladró Raynor.

—Entonces los ve. Los ve. Ay, diablos —lloriqueó Rodney.

Raynor siguió explorando. ¿Dónde estaban? ¿Dónde estaban los niños? Entonces vio un grupo de mujeres y niños alineados con las manos sobre la cabeza; marchaban bajo las órdenes de un hombre de cresta roja, pantalones negros y chaleco de cuero abierto que dejaba ver el pecho tatuado. Tenía un collar de púas y un aro en la nariz. Raynor sintió náuseas... Era la banda de Mazor.

Siguió mirando y encontró más. Por lo menos diez. Todos armados. Se dio cuenta de que estaban separando a los niños de los padres, y los ponían en otra fila.

—Carajo —resopló Raynor.

Lo superaban en número y en armas, y estaba a unos 160 kilómetros de la ruta de transporte de prisioneros. Nadie iría a buscarlo allí. Volvió a mirar por los binoculares. El retículo hizo zoom sobre un adolescente al que estaban empujando a la fila de los niños, ahora cuatro en total. Raynor subió un poco la mira para ver una cara que ya había visto un millón de veces, por lo general en pósters de "buscado", y a veces en videomensajes o actualizaciones policiales interplanetarias. Era Mazor en persona. Era calvo, con una barba blanca como la nieve, contextura fornida y un característico implante óptico cibernético rojo brillante.

—Mi maldita suerte.

Mil pensamientos pasaron por la cabeza de Raynor, pero todos volvían al mismo lugar. Iba a tener un hijo. Iba a traer una vida a un mundo en que había hombres como Mazor sueltos por ahí.

—¿Están ahí abajo? —preguntó Marduke.

—Sí.

—No. No. ¡No! —lloriqueó Rodney.

—¿Qué vas a hacer, alguacil? —preguntó T-Bone—. ¿Vas a reportar la situación cuando salgamos del cruce o qué?

—Alguacil, ¡mira!

Era Marduke. Raynor se quitó los binoculares y giró justo a tiempo para ver a un explorador de la banda de Mazor que cruzaba el barranco a toda velocidad. El sol rebotaba en las antiparras del explorador, que lo miraba.

—¡Mierda! —Jim corrió a la buitre y comenzó a tocar perillas—. Tengo que bloquearle las comunicaciones. Vamos... vamos... ¡Listo!

Con un chirrido agudo, se hizo la conexión y el explorador perdió el contacto. Raynor tomó el rifle de la moto y se acomodó en el borde del risco.

Con el ojo pegado a la lente, acercó la imagen. La moto buitre se alejaba cada vez más. Respiró hondo, apuntó —odiaba que esta fuera la única forma— y apretó el gatillo con certeza.

El rifle dio un culatazo y el explorador cayó de la moto, que derrapó por el suelo del desierto. Había sido un buen tiro. Del tipo que habría enorgullecido a Tychus en los días de forajido de Raynor. Del tipo que podría haber hecho el francotirador de su batallón, Ryk Kydd. Pero era un disparo que iba a ser problemático. *Si ese explorador no se reporta, vendrán a buscarlo*, pensó Jim. Eso complicaba las cosas. Tendría que actuar de un modo u otro, y ahora. Había un explorador muerto, había unos esclavistas acomodando a los niños

y otros preparándose para ejecutar a los científicos... y había tres convictos apretujados como sardinas en el cubo de reclusión. Lo superaban en número y en armas.

Raynor se acercó al cubo de reclusión. Miró fijo a Marduke Saúl.

—¿Sabes usar lanzabalas?

—Yo diría que sí —respondió Marduke con una sonrisa burlona.

—¿Y tú, bocón? ¿Sabes usar un punzante o un lanzabalas? —la mirada de Raynor pasó a T-Bone.

—¿Tú qué crees?

—¿Y tú, Rodney? ¿Alguna vez disparaste un arma?

—Yo... eh...

—Este nunca disparó nada —interrumpió T-Bone.

—Sí disparé. Claro que sí —respondió Rodney.

Raynor volvió a fijar la vista en el cañón. Una ráfaga de viento proveniente del valle le pegó en la cara. Se sentía fría y vigorizante en el sol del desierto y le recordó sus días de Shiloh. Volvió a mirar el cubo.

—Supongamos que les propongo un trato. Tenemos aquí abajo diez asesinos de los peores que están preparando a los científicos y sus hijos para esclavizarlos o vaya a saber uno qué. No pasará mucho tiempo hasta que vengan a buscar a ese explorador... Y me parece que estoy demasiado en desventaja para enfrentarlos solo.

—¿Te parece? —lo interrumpió T-Bone—. Yo diría que estás un poquito sobrepasado.

—La cuestión es, hay tres de ustedes aquí y hay un cargamento entero de armas en mi buitre. Algunas minas araña, todo tipo de cosas divertidas.

—Pero alguacil, ¿le parece sabio armar a tres convictos condenados?

—No, no me parece sabio, Smalls. Pero todavía tengo este juguetito en la muñeca. Estos seis botones que pueden causarles mucho dolor, como a nuestro amigo Marduke, o borrarlos del mapa para siempre. Así que tampoco es tan estúpido.

—Y dime, ¿por qué crees que vamos a ayudarte? —dijo Smalls acercándose a los barrotes.

—¿Qué dicen si hablo bien de ustedes en El Indio? Haber ayudado a un alguacil confederado en un momento así podría sumarles unos cuantos puntos con el guarda.

—Sí, también podríamos acabar muertos cuando se enteren los prisioneros —se burló Marduke.

Raynor sabía que tenía razón. Ese no era el tipo de trato que le iba a conseguir su ayuda. Volvió a pensar en sus días de criminal. Pensó en la vida de fugitivo, qué romántica había parecido al principio, hasta que todo se había salido de control y se había transformado en un vórtice de arrepentimiento del que, aparentemente, no podía escapar. Eso hasta que el magistrado de Mar Sara, un hombre que había tenido la suerte de conocer en su juventud, vio algo en él, le dio esperanza, y le hizo la oferta que cambió su vida... lo convirtió en alguacil de la Confederación; ya no era un criminal.

—Muy bien, entonces. —Raynor se acercó. Sabía que se estaba quedando sin tiempo. Tenía que actuar rápido—. ¿Ustedes querían una oportunidad para redimirse?

—¿Una oportunidad como la que tuviste tú? —lo interrumpió T-Bone—. ¿La oportunidad de que venga un pez gordo y, con toda su bondad, nos deje empezar de cero?

—Exacto. Si me ayudan a salvar la vida de todas estas personas, haré de cuenta de que nos asaltó una banda de rebeldes y se los llevó.

—Entonces, ¿entendí bien? —Marduke se acercó a los barrotes—. Si te ayudamos, ¿tú nos dejas ir?

—Me parece un trato justo. Una oportunidad parecida a la que tuve yo.

—¿Vas a dejar libre a este asesino? —T-Bone miró a Marduke con el ceño fruncido—. ¿Sabes lo que ha hecho?

—Bueno, yo acepto —dijo Rodney—. Sin ninguna duda. Acepto. ¿Una oportunidad de no ir a El Indio? No lo pienso dos veces.

—¿Qué tengo que perder? Bueno... bueno, es un trato —sonrió T-Bone.

—¿Y tú, Marduke?

—Y se supone que tengo que creerte, ¿no? —preguntó Marduke con gesto adusto.

—Y, sí.

—¿Y por qué te creería?

—Porque la palabra es lo único que un hombre tiene en su vida. Y yo te estoy dando la mía.

—Raynor mantuvo el contacto visual con el asesino—. Si te digo que puedes confiar en mí, no dudes que es verdad.

—¿Sabes cuántos hombres me dieron su palabra antes que tú, Raynor? Ninguno la respetó... Mierda, mi vida sería otra si aunque sea uno hubiera cumplido. Una vez confié en un hombre y por su culpa murieron mis padres. Una vez confié en un hombre y me llevó a mi primer estibar. Una vez confié en un hombre y me llevó a una familia de asesinos y convictos. Ahí me llevó la palabra de los hombres, alguacil. Te puedo asegurar que me encantaría vivir en un mundo en que los hombres honraran su palabra.

—Tienes la mía —dijo Raynor, y agregó—: ¿No quieres una segunda oportunidad?

—Ojalá existieran las segundas oportunidades para los hombres como yo.

—Yo solía pensar lo mismo —dijo Raynor—. No sé de qué otra forma ofrecértela. La cuestión es: ¿estás preparado para tomarla?

Marduke inclinó la cabeza. Estaba pensando intensamente, sopesando todas las opciones. Por último dijo:

—Voy a confiar en tu palabra, Raynor. Si no la cumples, bien, supongo que no será una sorpresa, pero... Mierda. Bueno. Los esclavistas nunca fueron mis personas preferidas.

—Entonces parece que tenemos algunos esclavistas que frenar, muchachos.

Raynor presionó dos botones de su muñequera y el resplandor de los barrotes se desvaneció. Presionó otro botón y los barrotes de la parte trasera del cubo se levantaron. Después abrió un compartimento de la buitre y empezó a sacar armas reglamentarias de la Confederación. Un punzante, un lanzabalas, un rifle gauss. Debajo de todo eso había una caja verde de minas araña.

—Bueno, bueno, qué bellezas —bromeó T-Bone—. Yo me quedo con la grande. El gauss es mío.

—Nonono, ese es para mí. —Y sin dudar, Marduke tomó el rifle.

—Tengo un plan —dijo Raynor.

Los cuatro hombres se acercaron en silencio, paso a paso, al depósito de suministros más al sur. Afuera, dos de los hombres de Mazor revolvían los contenedores en busca del mejor botín y descartaban lo que no querían en el suelo del desierto. Los dos estaban vestidos de negro, tenían el pelo teñido de colores vivos, usaban aros, y claramente se habían declarado en contra de la costumbre de afeitarse.

Raynor y los convictos se apoyaron contra la pared trasera del depósito de suministros. Jim les hizo una señal con la mano, y Marduke y T-Bone se desplazaron hacia el otro lado. Raynor y Rodney avanzaron. Antes de que Rodney pudiera reaccionar, Raynor ya había salido corriendo y, con la culata del rifle en alto, embestía a los forajidos. Para cuando detectaron su presencia, Raynor ya le había dado un culatazo en una ceja a uno de ellos, y el impacto había sonado exactamente igual al golpe hueco que se oye en los sitios de extracción hidráulica de minerales.

El esclavista cayó de espaldas, convertido en un géiser de su propia sangre. El otro sacó el arma y la apuntó a Rodney, que todavía trataba de alcanzar a los otros. Antes de que pudiera actuar, Marduke apareció por el otro lado y levantó al forajido en una llave que le inmovilizó el cuello, mientras con la otra mano le tapaba la boca.

—Tráiganlo a la parte de atrás —ordenó Raynor.

Luego tomó al forajido inconsciente de los pies y lo arrastró hasta la sombra y la protección del depósito, mientras Marduke sostenía al otro. No importaba cuánto se sacudiera, el gigante lo tenía bien agarrado. Una vez detrás de la construcción, Marduke soltó al esclavista y, acto seguido, le propinó un puñetazo supersónico en la mandíbula que lo tumbó en el piso tosiendo sangre. Raynor se agachó y tomó al hombre por el mentón.

—¿Dónde llevaron a los niños y a los demás?

La cabeza del forajido giró hacia la izquierda como si fuera un muñeco articulado. Después sonrió con una sonrisa roja perturbadora.

—Un alguacil confederado. Tú sí que serías un buen premio. Habría más de un postor muy interesado.

¡BAM! Esta vez fue el puño de Raynor el que impactó la cara del forajido. Había quebrado a muchos hombres en su vida, y este no la iba a tener más fácil que ninguno de los demás. Apoyó su rifle contra la sien del hombre.

—Esto está en modo silenciador. Sabes que tengo jurisdicción para administrar justicia a mi criterio en esta zona, ¿no?

—No importa. Están llevando a los niños a la subasta. Y a los científicos los llevan... bueno, a la tumba.

—Los científicos no son tan valiosos como los niños —dijo T-Bone con un escupitajo.

—Tu auxiliar tiene razón —dijo el forajido. Después se volvió a Rodney, sonrió aún más y agregó—: ¿Ves este aquí? Este es tu talón de Aquiles.

Como un rayo, el forajido se puso de pie y trató de alcanzar el arma de Rodney. Pero antes de que pudiera tomarla, Marduke ya le había agujereado la cabeza con su gauss.

—Mierda. Seguro que oyeron eso —jadeó Rodney.

—Entonces nos movemos. Ahora. Marduke, tú y Smalls vayan a buscar a los niños. Sigán las huellas que van al este. Rodney, tú vienes conmigo. ¡Vamos a frenar esa ejecución! Y, muchachos: recuerden que la señal de esas tobilleras tiene mucho alcance.

—¡Qué poca fe! —sonrió T-Bone, y luego le dijo a Marduke—: Vamos, bestia animal. Salvemos a esos niños.

Jim y Rodney caminaban a gachas, siempre lo más cerca posible del resguardo de las paredes del depósito, bordeando el campamento. Seguían el largo camino marcado por las huellas polvorientas que dejaban, de dos en dos, las víctimas y sus captores. Ahora oían las voces, un poco más adelante, junto al centro de mando. Estaban cerca. Se lanzaron hacia una pared a la sombra de una gran antena sonar y, muy despacio, miraron hacia la parte de atrás.

—Mierda —murmuró Raynor, y tomó a Rodney de la ropa para acercarlo al piso—. Cerca del suelo. Los... los están haciendo cavar su propia tumba.

Ahora los veía. Seis científicos cavaban una fosa común con palas. Tirado en la tierra, estaba el cadáver del séptimo, tenía un disparo en la cabeza del que todavía manaba sangre. Detrás de los científicos, Mazor vigilaba con tres de sus hombres.

Raynor tomó su mochila y la apoyó en el suelo. Dentro, estaban las minas araña.

—Bueno, ahora plantamos estas minas y atraemos a esos pendejos hacia acá. Cuando yo dé la orden, tú presionas el percutor. ¿Entendido?

Raynor no entendía qué había sucedido.

En el momento en que se volteaba para mirar a Rodney, su cara había impactado contra el cañón de una pistola y había quedado tendido en el suelo. Intentó mirar pero no podía abrir los ojos. No oía nada. Todos los sonidos quedaban tapados por un zumbido que se sentía como si alguien le estuviera taladrando y taladrando el cráneo. ¿Lo habían seguido? ¿Mazor sería un mejor estratega de lo que él había creído y había dejado un explorador de guardia? Finalmente, con todas las fuerzas que le quedaban, Raynor se obligó a abrir los ojos.

De pie sobre él, empujándolo hacia un lado, estaba Rodney, que se estiraba para tomar la mochila con las minas araña.

—Estas valen unos buenos créditos.

Rodney miró a Raynor y notó que tenía los ojos apenas abiertos y que estiraba la mano mientras intentaba levantarse con desesperación.

—Mierda, alguacil —apenas susurró—. ¿No sabe que los hombres no cambian? ¡Soy un convicto, estúpido!

Con eso, Rodney estrelló el pie contra la nariz de Jim. Y el mundo se volvió negro.

Marduke y T-Bone habían seguido las huellas hasta después de los depósitos de suministros y habían llegado hasta donde estaban estacionadas las motos de la banda, cerca de las torres de humidificación. Ahora que oían voces, los dos se arrastraban por la tierra y, centímetro a centímetro, se acercaban a su objetivo. Marduke había sorprendido a muchos hombres en sus buenas épocas, los había eliminado antes de que siquiera pudieran verlo. Lo había hecho de muchas formas diferentes: a veces con espada, principalmente con rifle y, en ocasiones, cuando no le quedaba opción, con sus propias manos. No le gustaba hacerlo así. Era lento y trabajoso, y siempre percibía el momento exacto en que sus víctimas morían y exhalaban el último suspiro.

Al principio, cada muerte le pesaba, se le aparecían por la noche o cuando estaba solo y no había nadie que lo distrajera. Pero un día dejó de importarle. Lo hacía sin pestañear y sin pensarlo dos veces. En cierto sentido, eso era aún más espantoso, más perturbador que todos los recuerdos juntos. Ahora estaba cansado. Las matanzas, la vida furtiva. A decir verdad, su sentencia a prisión en El Indio había sido una suerte de bendición. Allí ninguno de sus viejos socios iría a buscar sus servicios. Sabrían que estaba acabado.

Pero ahora, ¿había una esperanza?, pensó. ¿Y si podía empezar de nuevo? ¿Y si todo el mundo lo creía muerto o perdido en el cruce? Entonces quizá, sólo quizá, Raynor tenía razón y sí había esperanzas para un desgraciado como él. Pero primero lo primero. Sus días de asesino aún no habían terminado. Por lo menos, ahora las víctimas se lo merecían. Iban a pasar a la historia antes de entender lo que estaba sucediendo.

Marduke y T-Bone se arrastraron hasta el borde de una de las torres de humidificación, cuyos ventiladores giraban lenta pero constantemente, impulsados por la brisa casi inexistente del desierto. Del otro lado, la banda de Mazor cargaba a los niños en su propio cubo de reclusión. Era un modelo más antiguo y los barrotes estaban oxidados y quebradizos después de tanto tiempo expuestos al clima árido. Los niños estaban traumatizados, sus caras reflejaban miedo y preocupación.

El ventilador de una de las torres completó otro giro tortuoso y chirriante y, entonces, Marduke miró a Smalls y gritó:

—¡Ahora!

Marduke Saúl se levantó y salió del escondite a toda velocidad, abriéndose camino con su gauss. El zumbido agudo que hacían las púas hipersónicas cuando penetraban la carne y destruían el hueso era ensordecedor. T-Bone lo siguió sin perder tiempo. Levantó su lanzabalas y descargó ráfagas de disparos ininterrumpidas contra la banda. Los niños corrían y gritaban; algunos se habían echado al piso, otros se escondían detrás del cubo. Los hombres de Mazor estaban condenados desde el principio. Marduke era un profesional y, con el factor suerte a su favor, no había nada que hacer. Todo terminó tan rápido como había comenzado, como siempre sucedía con las armas modernas. El cuerpo humano no estaba preparado para competir con púas disparadas a velocidades hipersónicas, y ni siquiera las mejores armaduras podían contra alguien que sabía dónde disparar.

Por un momento, Marduke se paró a contemplar el espectáculo de la matanza que acababa de concretar. Se quedó un rato mirando a los niños que intentaban desaparecer detrás de lo primero que habían encontrado, las motos buitres, el cubo de reclusión... Sus lágrimas eran una mezcla de alivio, incertidumbre y terror. ¿Esos hombres estaban ahí para secuestrarlos o para salvarlos? Marduke se daba cuenta. Veía el miedo y sabía que no estaban seguros.

—Aquí, niñito, niñito. Vamos, no mordemos... A menos que a ustedes les guste, señoritas. — T-Bone miraba con lujuria a una de las chicas más grandes, de unos dieciséis años, rubia, hermosa.

—¡Cierra la boca, Smalls! Cierra la boca y no vuelvas a abrirla, o te juro que te arrancaré la lengua con mis propias manos. —Marduke clavó los ojos en T-Bone Smalls con una mirada glacial, y después se volvió a los niños—: Ya están bien, ¿entienden? Están bien.

Era difícil comprender esas palabras con tanta sangre y muerte alrededor.

—Ah vamos, ¡es broma! No tocaría un solo pelo de sus preciosas cabecitas. Bueno, quizá haga una excepción con ella.

Sin dudar, Marduke levantó a T-Bone de la garganta y lo sostuvo en el aire.

—Creí haber dicho que cerrarás la boca, ¿no me oíste?

T-Bone boqueaba intentando buscar aire. Se estaba ahogando y dejó caer el lanzabalas para poder usar las dos manos y tratar de liberarse.

—Bueno —logró decir—. Suelta.

—¡Ey, ey! ¡Basta!

Marduke giró y vio a Rodney, que sostenía la muñequera de Raynor, la que controlaba sus tobilleras.

—Bájalo—siguió Rodney—. Somos libres. Salgamos de aquí.

Marduke bajó a Smalls y le soltó la garganta.

—¿Qué le pasó al alguacil?

—El tipo era demasiado confiado —respondió Rodney con una sonrisa, mientras presionaba el botón de la muñequera que liberaba sus tobillos—. ¿Y a quién le importa? ¿De veras crees que nos iba a dejar ir? Ni una mierda. Aquí tenemos motos. Carajo, ¡hasta tenemos las identificaciones de los científicos muertos! Vamos, antes de que los hombres de Mazor vengan a buscarnos.

T-Bone rió. Lo superaba la ridiculez de toda la situación, el alivio de estar libre. Se habían salvado de El Indio, y ahora con mucho menos riesgo.

—*El tipo era demasiado confiado.* Increíble. Buen trabajo, amiguito. Y yo que pensaba que eras un pobre santo.

—¿Está vivo? —preguntó Marduke.

—¿Quién? —respondió Rodney.

—El alguacil.

—Creo que sí... No sé. Le di bastante duro.

Rodney fue hacia las motos. Los niños sintieron el peligro y se agazaparon, cada vez más juntos cerca del cubo de reclusión.

—Mira esa preciosura. No me digas que no te gusta, Rodney —T-Bone volvió a fijar su mirada lujuriosa en la rubia, que se encogió aún más contra uno de los barrotes del cubo, como tratando de esconderse detrás.

Marduke miró a los criminales, hombres como él, con un pasado sórdido y la moral hecha añicos. Hombres a los que había conocido durante toda su vida. En ese momento, oyó la voz de Raynor que le retumbaba en la cabeza: *La palabra es lo único que un hombre tiene en su vida. Y yo te estoy dando la mía.*

—¡T-Bone! —llamó.

Cuando Smalls se dio vuelta, Marduke le descargó un puñetazo en la cara que lo envió directo al piso en una explosión sangrienta de resolución.

—¿Qué mierda estás...?

Pero Rodney nunca tuvo la oportunidad de terminar la oración. Marduke lo golpeó justo en el tabique y perdió el conocimiento.

Los niños los miraban totalmente confundidos. Habían visto en la última hora más violencia de la que nadie debería ver en toda su vida. Nada de lo que había sucedido tenía sentido para ellos.

—Bueno, bueno. Miren lo que tenemos aquí. Un auténtico alguacil de la Confederación.

Mazor miró a Raynor con una sonrisa llena de dientes de oro que reflejaba el placer sádico que le provocaba su descubrimiento. Su ojo cibernético acercó la imagen con un zumbido.

Raynor abrió lentamente los ojos. Tenía los párpados pegados por la sangre seca. Le dolía la cara. Le dolía mucho. Sentía cómo se le hinchaba y se iba volando como un globo. Entre la sangre y la desorientación general, apenas veía al hombre que lo miraba desde arriba.

Cuando finalmente logró enfocar, sólo dijo:

—Mazor.

La sonrisa de Mazor brilló con la luz del sol cuando se dio vuelta para hablar con los dos esclavistas que estaban detrás de él.

—Bueno, qué me dicen, muchachos. Soy famoso.

—Un famoso esclavista. —Raynor tosió y la sangre le bajó hasta la garganta.

—¿Y quién dice que eso es algo malo? Ahora, vamos, levanta ese culo. —Mazor apuntó su lanzabalas a la cara de Raynor.

Jim miró el cañón. Así que era así... así terminaba todo. En una carrera inútil tras la idea estúpida de que un día, de alguna forma, podría convertirse en un hombre mejor. Su propia culpa lo había llevado hasta aquí, y lo sabía. Su propio estúpido deseo de compensar por el hombre que había sido, y de ver en otros el mismo potencial de redención. Qué infantil. Qué inocente. Ahora iba a pagar por eso. Pero todavía peor, mucho peor, Liddy iba a pagar por eso, y también el bebé.

—Mierda.

Raynor se incorporó y se obligó a ponerse de pie. Intentó erguir el cuerpo lo más posible para mirar a Mazor a los ojos. No le iba a dar a ese esclavista el gusto de matarlo de rodillas, o de hacerlo suplicar. Si este era su fin, iba a despedirse con dignidad.

Mazor le sostuvo la mirada, el servos de su ojo cibernético chirriaba cuando intentaba enfocar.

—Tengo algo que mostrarte. Date vuelta.

—No —dijo Raynor.

—¿No?

—Si me vas a matar, lo vas a tener que hacer mirándome a los ojos.

Mazor hizo exactamente eso. Tenía una mirada letal. Pero enseguida se suavizó y la sonrisa burlona volvió a ocupar su lugar para dejar ver los dientes dorados y las caries podridas. Después, en un instante, la sonrisa se desvaneció y la cara se le contrajo en una mirada llena de odio, justo antes de incrustarle a Raynor el lanzabalas en el estómago con un golpe que lo dejó de rodillas y le hizo toser pedazos de algo color rojo violáceo.

Raynor oía la cacofonía de la risa de los esclavistas a su alrededor. Sentía que las tripas le sangraban por dentro. Ahora, el lanzabalas descendió para apoyarse en su frente.

—Creo que Mar Sara ya no necesita sus servicios, alguacil.

Jim cerró los ojos. Pensó en cómo había llegado hasta allí. Pensó en los días con Tychus y en la guerra hacía tanto tiempo. Esperaba haber hecho suficiente. Esperaba que, al final, lo que había hecho alcanzara para que lo recordaran como un buen hombre. Esperaba que Liddy pensara así de él cuando le contara a su hijo sobre el padre. Inspiró profundo y se preparó para el olvido.

La exhalación se perdió en el *ra-ta-ta-ta* de las púas hipersónicas que desgarraban la carne. Raynor abrió los ojos. Ninguna lo estaba impactando a él. Mazor estaba muerto y los otros dos esclavistas también. Las púas cortaban el aire a su alrededor mientras los esclavistas que quedaban corrían en busca de refugio, pero indefectiblemente caían en medio de una ráfaga de acero. Raynor hizo lo único que podía hacer. Se echó al suelo y se quedó allí. La polvareda que se había levantado no le permitía ver nada; lo único que oía eran los gritos de los hombres que se desangraban y el restallido letal de las armas de fuego.

Pareció una eternidad, pero el tiroteo por fin terminó. En el silencio, el polvo se depositó y Raynor se halló cara a cara con el ojo muerto de Mazor. El implante cibernético seguía intentando hacer foco, y el servos se movía sin parar hacia adelante y hacia atrás. Raynor

tomó su arma y avanzó arrastrándose sobre el estómago en busca de un refugio del polvo y la arena. No sabía quién estaba ahí, y mucho menos si lo considerarían amigo o enemigo.

—¿Alguacil? —llamó una voz—. Ya está todo despejado, alguacil.

Raynor conocía esa voz.

—¿Marduke? —susurró antes de volver a hablar, esta vez en voz alta—. ¿Saúl?, ¿eres tú?

—Cumplí con mi palabra, alguacil.

Ahora lo veía, una silueta oscura en medio de la arena revuelta, una figura fornida contra los tonos del atardecer incipiente. Jim intentó ponerse de pie, pero un dolor punzante en el estómago lo obligó a doblarse. Había cuerpos por todos lados, desparramados y destrozados hasta quedar irreconocibles. *Qué extraña forma de buscar redención*, pensó Jim. Todavía estaba débil y veía borroso, pero pudo ponerse de pie.

—La cuestión es —siguió Marduke mientras sostenía el rifle gauss con las dos manos y se lo ofrecía de vuelta a Jim—: ¿tú cumplirás con la tuya?

Raynor ya casi estaba fuera del Cruce de la Perdición cuando vio todo con claridad. Había buscado a la científica en el Cañón del Juicio y la había llevado al campamento base. Había ayudado a enterrar los cuerpos. Sabía que los niños no se olvidarían nunca de este día. Que tendrían pesadillas durante años. Pero también sabía que recordarían lo que él había hecho e, igual de importante, lo que Marduke había hecho, y esperaba que eso pesara más y que encontrarán consuelo en la actitud de esos dos que los habían defendido de toda la oscuridad que la vida tenía para ofrecer. Ahora, sus escáneres volvieron a conectarse y el comunicador de la buitre ya zumbaba con el parloteo de los camiones mineros, las naves de transporte y los palurdos locales que intercambiaban agresiones. El Indio estaba a sólo 320 kilómetros. Llegaría enseguida.

No llegaba con el cargamento esperado. Había sólo dos prisioneros en el cubo: T-Bone Smalls y Rodney Oseen. Marduke Saúl, el asesino, había muerto en el enfrentamiento con la

banda de Mazor. Saúl y el resto de los delincuentes estaban enterrados con algunos pobres científicos en la fosa común que habían tenido que cavarse.

Por lo menos, esa era la historia que estaba repasando una y otra vez en la cabeza para poder contarla bien. En realidad, Saúl se había ido. Jim había honrado su palabra y Marduke estaba libre, libre para empezar una nueva vida y recuperar la esperanza, libre para elegir ser y hacer lo que quisiera.

Con el viento en los oídos, Raynor cruzó la línea de salida oficial y se preguntó si había hecho lo correcto. Imaginó a Marduke atravesando el Cruce de la Perdición en una de las motos de la banda de Mazor, conduciendo hacia el atardecer tal como él ahora, con la oportunidad de volver a empezar (si todo salía bien), como empieza el día después de la noche. Jim se preguntaba si era en verdad posible. Se lo preguntaba también sobre él. Lo que sí sabía era que prefería creer que sí, que era posible. Estaba volviendo a su casa con Liddy, con su bebé, a una vida que nunca creyó que podría merecer. Le gustaba saber eso. Le gustaba mucho.

FIN